

## LA MÍSTICA DEL TIEMPO EN EL ARTE DEL ISLAM (Reflexiones de Urgencia)

POR Emilio de Santiago Simón

La irrealidad del tiempo en la creación artística es, muy frecuentemente, presupuesto cardinal de más de un sistema estético. Aun cuando la entidad del tiempo pudiera ser real, desligarse –sea en el plano intelectual, sea a nivel de la pura emoción sensorial– de su dominio e importancia es la puerta de la sabiduría oriental. ¿Arte fuera del tiempo o arte profundamente enraizado en la metafísica de la religión?. El arte islámico es un arte de visionarios. Los artistas musulmanes esquematizan en estructuras elementales la naturaleza con una simplicidad salvaje. Por razones más ideológicas que estéticas o decorativas, codifican el calcinado ámbito de una fe desnuda conforme al discurso de una teoría cósmica, fielmente identificada con los condicionamientos dogmáticos o teológicos. Pero, como ha dicho L. Massignon, “el musulmán no se deja engañar por el arte”<sup>1</sup>.

Herederero del legado del Oriente próximo, en lo que de más antitético tiene con la tradición clásica grecolatina, el *homo islamicus* fundamenta su actitud estética en márgenes que, a veces, escapan a las leyes físicas y que, en su origen, puede derivar de una suerte de experiencia casi mística. Poco a poco, a medida que el pensamiento filosófico se torna más osado, comienza a sentirse la exigencia del mundo ideal, quimérico o imaginario; sólo el artista tiene esa libertad de evasión en el medio con que se halla familiarizado y, por ello, es superior a las fuerzas irresistibles que dominan la vida externa. No obstante, no teniendo ante sí mismo otra alternativa ética que su propia determinación a adorar solamente a *Allāh*, se muestra sumiso y hace girar el sutil planeta de su genio en la órbita de lo divino, como, en la danza catártica, el derviche ensaya su “tránsito a Dios”.

El arte del Islam, producto de una ideología, es un arte determinado hacia la infinitud y a abarcar la entera corriente del tiempo en una sola visión comprensiva. No un tiempo atomizado, integrador de la Historia en

---

<sup>1</sup> Cf. L. Massignon, “Los métodos de realización artística de los pueblos del Islam”, en *Revisita de Occidente*, 38 (1932), pág. 261.

la más pura especulación teórica, sino un tiempo-distancia a recorrer, dinamizado por la sensación de certidumbre y revelación que precede a cualquier creencia definida. Es esta la clave de la antítesis que sostengo frente a dos concepciones, casi idénticas, que prevalecen con valor paradigmático. Para L. Massignon “No hay duración en la teología musulmana; no hay más que instantes, y estos instantes carecen incluso de un orden necesario de sucesión”<sup>2</sup>. J. Camón Aznar, en línea con la tesis anterior, aduce que “en el tiempo islámico es la de una discontinuidad formada por instantes sucesivos y distanciados”<sup>3</sup>.

Me atrevo a disentir de estas posturas. Para el conocedor de la filosofía y de la estética islámicas resulta particularmente elemental dirimir lo que de acierto o imprecisión albergan estas opiniones. De otra parte, esgrimir argumentos críticos como ataque a una teoría que pronuncia al tiempo como entidad trascendente y discontinua, amalgamada con edulcorantes de ambigua coherencia es una falacia. Creo, y mi convicción es susceptible de un ulterior desarrollo y confrontación dialécticos, que el tiempo islámico no es “un polvo de momentos”, aspira, imita, mimetiza a la permanencia divina (*al-baqā*<sup>4</sup>). No obstante, una idea –más posible de comprender que de formular– reconoce que el tiempo es una característica epidérmica y sin importancia de la realidad. Más para el creyente la realidad última debe ser inmutable, pues da origen a la noción metafísica de sustancia. El musulmán lucha, inmerso en la rutilante atmósfera del preciosismo y la sublimación de las formas, por conseguir la epifanía de lo divino, por liberarse, con una pasión casi mística, de la tiránica antinomia pasado-futuro. Como dice el poeta:

“Pasado y futuro esconden a Dios de nuestra mirada. ¡Hay que quemarlos a los dos con fuego! ¿Hasta cuando seguirás partido en dos como una caña?”<sup>4</sup>.

He aquí el eje de la antítesis que he venido sosteniendo frente a las concepciones de L. Massignon y de J. Camón Aznar, deliciosamente planteadas, pero en este extremo un tanto vagas y gratuitas. Es esta la fábula y el signo de un metalenguaje estético. Como ha dicho P. Francastel, “No se encuentra al arte al término de un análisis exclusivo de los signos que emplea, y no constituye tampoco el producto de un juego de imaginación individual separado de las instancias de un medio de civilización”<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> Cf. *Ibidem*, pág. 263.

<sup>3</sup> Cf. J. Camón Aznar, *El tiempo en el arte*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1958, pág. 77.

<sup>4</sup> Cf. Al-Masnawī (trad. por Whinfield. Tübner, 1887), citado por B. Rusell, *Mimetismo y lógica*, Buenos Aires, Paidós, 1967, pág. 31.

<sup>5</sup> Cf. P. Francastel, *La realidad figurativa*, Buenos Aires, Emecé Ediciones, 1970, pág. 115.

La historia del arte islámico es, también, la historia de una simulación. Se finge con detallada y minuciosa riqueza, con puntual habilidad que el sujeto de la representación es la simétrica cosmología, la naturaleza disecada y geométrica, cuando, en realidad, lo que se trata es de figurar. Dios y la unitaria armonía: los dos polos de todo pensamiento islámico, la más genuina metafísica de su estética, constituyen uno de los aspectos más convincentes de la iluminación mística. La paradoja del tiempo, en apariencia probada por la lógica, se convertirá en la meta a alcanzar para, con la constancia de Prometeo, afirmar la libertad de la creación artística. Libertad absorta en la infinitud divina. En medio de este reino de lo inmediato, entre arabescos perpetuamente acordes, como una letanía piadosa y eterna: el tiempo. Una realidad tan familiar e irrepresentable como el tiempo.